

"EL DESTERRADO"

*porque en este ataúd continúa el destierro,
el desterrado sigue desterrado en la muerte.*

PABLO NERUDA

Hace treinta años, Gregorio Marañón publicó *Influencia de Francia en la política española a través de los emigrados, El destierro de Garcilaso de la Vega y Luis Vives. Su patria y su universo*, en un libro que intituló *Espanoles fuera de España* y que dedicó a Ramón Pérez de Ayala:

*"...que está dentro de España
aunque esté fuera."*

En el prólogo habló de Séneca el filósofo, hijo de Séneca el retórico; hispanorromano que fue exiliado por Claudio y luego llamado para ser tutor de Nerón, por mandato del cual cometió suicidio. El primer párrafo del prólogo es el siguiente:

"Hace más de veinte siglos que un español desterrado en Córcega —siete años duró su exilio— exclamaba una tarde, suspirando, con la mirada tendida hacia Roma, la ciudad de sus triunfos, o acaso hacia la sierra risueña de Córdoba, donde corrió su niñez: ¡Carere patria intolerabile est! (¡Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!)"

"Este español era andaluz por la cuna, romano por la educación y, por el alma, hombre de todo el universo. Tenía de España la grave y digna —y a veces graciosa— actitud ante el dolor".

Leamos un pasaje de interés en el primer ensayo:

"...e incluso cuando el emigrado ha sido un gran personaje, sus biógrafos prescinden del capítulo de su exilio o sólo refieren

de él las anécdotas pintorescas, olvidando las largas y fecundas horas dolorosas, oscuras, de meditación, de estudio, de contemplación directa de la vida del país extranjero y de esa visión lejana de la patria que, quizá, sólo desde lejos y a través de la nostalgia se ve con claridad.”

¿Podemos aquilatar en unos cuantos segundos los millares de horas de soledad que han sufrido y sufren los refugiados?

En ensayos autobiográficos publicados en *MD en español* —la mejor revista médico-literaria del mundo—, podemos observar someramente los años de callado trabajo y paciente tristeza de su fundador. El propio Félix Martí Ibáñez recuerda:

“Durante mi primera época (¡dificilísima!) de crearme una nueva vida en este magnífico ‘Continente de la esperanza’, como lo llamó José Martí, las traducciones que realizaba anualmente constituían mi principal medio de vida.” Incluyendo —digo yo— las que hizo a Somerset Maugham, “quien como gentil reconocimiento a mi labor me regaló el manuscrito original de *Zurbarán*, que conservo como un tesoro”.

Américo Castro me escribió en Madrid una carta fechada el 8 de mayo de 1972, en la que me dijo:

“Quizá usted ignora que yo resido aquí como un extranjero; no estoy contra nada ni contra nadie, pero me había prometido no regresar a este país, para mí entrañable y cuya realidad auténtica estoy tratando de desvelar con objeto de hallar una razón a las proclividades fratricidas de los españoles. Las raíces psicopáticas. Por otra parte, los libros míos que, en mi opinión, merecen el nombre de tales, fueron concebidos y redactados en un medio cultural sin análogo en España. La angustia de la guerra civil (una infame y absurda carnicería) fue mi incitante; los materiales para realizar mi proyecto constructivo fueron la estupenda biblioteca europeo-oriental de Princeton, y un grupo de estudiantes que yo me seleccioné. Gracias a eso comienza a esbozarse la figura de la auténtica España, tan enojosa para tantos. No es fácil despegarse de rutinas mentales sin sentido, labradas y acunadas durante siglos”.

Félix Martí Ibáñez nació en Cartagena, Murcia, y Américo Castro en el Brasil, habiendo residido ambos en E.U.A. durante largos años; mas como la circunstancia de estos dos hombres es básicamente hispánica, la historia los considerará españoles emigrados y universales como lo fueron Vives, Garcilaso y Espronceda.

Tenemos el caso de otro gran español: Diego Abad de Santillán, quien con sus padres emigró de España a la Argentina a la edad de ocho años, regresando a los quince a estudiar en Madrid, en donde tuvo dificultades políticas. Luego marchó a Alemania a estudiar medicina y regresó a la Argentina, de donde fue expulsado en 1930 cuando trató de hacer abortar,

utilizando a la prensa, el golpe de estado del general Uriburu. En el prólogo que Heleno Saña hizo para la segunda edición de *Por qué perdimos la guerra*, nos habla de la tragedia de Santillán cuando éste se exilió de España en 1939:

“Una vez en suelo argentino se entera que las autoridades lo siguen considerando como expulsado del país desde septiembre de 1930. Tiene, pues, que vivir sin documentación en regla por espacio de casi veinticinco años, hasta que el presidente Frondizi anula la ley de expulsión.

“Santillán se enfrenta en seguida al problema que conocen todos los exiliados: ganar el sustento. A pesar de su vinculación a la Argentina, de su conocimiento del país y de su preparación intelectual, tiene grandes dificultades en abrirse camino. “Los primeros tiempos fueron muy duros; todas las puertas se me cerraban, por temor a no sé qué. Lo pasé mal.” (Carta al prologuista). Detrás de esas palabras lacónicas, de castellano viejo, se ocultan años de penuria, de privaciones y sufrimientos sin fin. Es en esas condiciones que escribe *Por qué perdimos la guerra*.

“Pasados unos años, el azar acude en su ayuda. La Casa Sopena proyecta la confección de una gran enciclopedia argentina. El nombre de Santillán surge como una de las personas más idóneas para esta labor. Sólo existe un obstáculo: sus antecedentes políticos. Los editores vacilan. Pero la suerte quiere que el subgerente de la editorial sea un antiguo jefe de policía de Barcelona que conoce a Santillán por haber ordenado varias veces su detención. El ex funcionario de policía ensalza ante el directorio de la Casa Sopena la integridad personal y la irreprochable conducta moral de Santillán, que recibe el encargo de dirigir la confección de la enciclopedia.

“Durante dos años trabaja en esta obra, publicando nueve tomos de la Gran Enciclopedia Argentina, que se convierte en uno de los mayores éxitos editoriales del país. Pero oigamos su propio testimonio: “Para olvidar la tragedia sufrida, me refugié en el trabajo: 16, 18 horas diarias, como en los primeros tiempos del capitalismo. Colaboraba en la prensa si se me pedía; pero la mayor parte de las horas, después que se cercioraron de que mi oficio no es poner bombas y matar reyes, me enfrasqué en hacer traducciones, diccionarios bilingües, ediciones de libros afines o puramente científicos, enciclopedias, etc. Confeccioné una monstruosa Gran Enciclopedia Argentina, en nueve grandes tomos a dos columnas, cuerpo 8; luego me puse con la Historia Argentina, y van publicados 5 mamotretos en 4.º que alcanzaron grandes tirajes —desconocidos en este país— muy lujosamente presentados, y de precios nada populares; preparé una Enciclopedia Universal, en 12 tomos: gran éxito editorial, y para que me ayudase hice venir a Manuel Villar

—que fue director de Solidaridad Obrera—, después de cumplir 18 años de presidio. Fabriqué millonarios a un lado y al otro y al final de la jornada sigo tan pobre como cuando llegué en 1940. Aprovechando algunas pausas, hice algo sobre la historia del movimiento obrero español, apuntes ligeros, por si la vida no me dejaba ir más a fondo; hice también algunos textos universitarios que los estudiantes aprovechan.” (Carta al prologuista).”

Si hablamos de la tragedia humana del exilio no hay pueblo que pueda, en este respecto, comparársele al judío. Pueblo al que habríase de denominarlo exiliado perenne hasta que Weizmann logró la reconquista de Palestina, pues a manera de nuevo David, mató al gigante Goliat con una honda y una piedra, entregándole al gobierno inglés la fórmula química de la dinamita (TNT), con la que Inglaterra ganó la primera guerra mundial. Pero, sin embargo, la gran mayoría del pueblo israelita esparcido por el orbe ante la imposibilidad de vivir en Israel, seguirá siendo exiliado perpetuo hasta que se asimile por completo a los pueblos donde ahora habita. No deja de ser otra tragedia el no poder regresar jamás al lugar de origen más que de turista.

Marañón, hábilmente esbozó el problema del exilio en cuanto a España, convencido de que debido a nuestro carácter es inevitable. En relación con el éxodo y el retorno, dijo:

“No es exageración decir que han sido excepcionales los hombres de gobierno españoles que no han conocido esa gran tristeza y esa gran alegría; y algunos más de una vez.

“Equivale esto a afirmar que la historia de España ha sido una continua guerra civil. Desgraciadamente es verdad, y en ello hemos de buscar, tal vez, la causa mayor de nuestras malas venturas nacionales.”

En su primer trabajo: trató de soslayo la más reciente de las emigraciones bajo el subtítulo de *El liberalismo contra la libertad*:

“Sin embargo, el gran siglo liberal empezó a declinar. Nacieron fuerzas nuevas en todo el mundo, en toda Europa, y también en España. La monarquía no supo adaptarse a los tiempos renovados, y un día, muy próximo a nosotros, se derrumbó. El poder vino a las manos de los hombres que representaban el triunfo de la larga lucha por la libertad. Y esos *hombres no se dieron cuenta de que la libertad tenía ya un valor completamente distinto que en los tiempos del general Riego. Y cayeron otra vez, y de modo más grave que nunca, en el pecado eterno de entregarse a fuerzas nuevas que encubrían su verdadero sentido antiliberal y demagógico bajo la máscara del progreso. Acaso sea el contumaz error, la fatalidad inevitable en el progreso del mundo. Surgió otra vez en España la gue-*

rra civil. Entre los dos poderes antiliberales venció el que tenía *una tradición nacional*. Los liberales, los pocos verdaderos y los que pasaban, sin serlo, por liberales, fueron barridos de nuevo. Y empezó otra emigración, la más numerosa y la más triste de cuantas han existido. Cerca de *un millón de españoles* han vivido, en los años pasados, en tierra francesa, donde todavía hay muchos millares recogidos en sus campos de concentración o perdidos por pueblos o ciudades.

“Pero todas estas son cosas que estamos viviendo, y no pueden ser comentadas todavía por el historiador.”

Por razones aparentemente inexplicables el intelectual desterrado desarrolla una actividad febril, como si asociara el abandono del terruño con la muerte, pues a guisa de cisne moribundo canta sin cesar. El acontecimiento del destierro de los jesuitas de la península española y de las Indias, a postrimerías del siglo XVIII, dio como resultado una obra literaria portentosa. Los trabajos de Alegre, Frejes y Cavo en la Nueva España, entre tantos otros, dan un testimonio fidedigno de este fenómeno. Menéndez y Pelayo, en *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo III, página 366, exclamó:

“Este catálogo de jesuitas, preceptistas y críticos, o quienes en sus obras derramaron alguna luz sobre el arte de la palabra, podía aumentarse no poco. ¡Toda la enorme literatura de los expulsos fue producida en menos de treinta años! No presenta fenómeno igual la historia literaria.”

Quizá haya nacido ya el compilador de la grandiosa obra literaria, histórica y científica de las aristocracias intelectuales que se desterraron voluntariamente de España a finales de la tercera década de este siglo. No se puede negar que los que prefirieron quedarse hayan podido sublimar también sus compulsiones estéticas o científicas a pesar de la censura; mas la comparación, a fuer de ser odiosa, en este caso es inadmisibile. Es posible estar desterrado intelectualmente, aunque no haya salido uno de su patria.

Ahora veamos algunos de los orígenes del fenómeno del destierro en España. A principios del siglo XII algún autor desconocido compuso la obra cumbre de la poesía épica española: *El cantar de mio Cid*, dividido en tres partes, la primera de las cuales se denomina *Destierro del Cid*, y que comienza así:

“Envió por sus parientes y vasallos, y díjoles cómo el rey le mandaba salir de todas sus tierras, no dándole de plazo más que nueve días, y que quería saber de ellos quiénes querían ir con él y quiénes querían quedarse:

El deseo inconsciente masoquista de ser rechazado por la madre mala: “el enemigo malo”, en el caso del Cid, es proyectado hacia el Rey Alfonso VI de León, quien probablemente ante la provocación pseudoagresiva del Campeador, lo envió al

destierro. En el *Cantar* se advierte un constante lamento, signo inequívoco del fenómeno de la triada de la oralidad, que reza así: “Gozo en el rechazo, por lo tanto lo provocho para luego ser rechazado y gozar mi lamento”. El cantar ha sobrevivido mediante la tradición oral y luego escrita, debido a la identificación autoagresiva del pueblo con la aceptación masoquista del Cid y también con sus hazañas o proezas que subliman su esfuerzo por recuperar la privanza del *superyó* (el rey). Estas son las razones psicológicas principales que hacen del *Cantar de mio Cid* un gran poema, las que ahora se pueden añadir a los estudios filológicos, históricos, artísticos y geográficos que hizo Menéndez Pidal. Históricamente habría que comprobar la hipótesis psicoanalítica de que el Cid provocó la ira del rey Alfonso. También habrá que estudiar la analogía que hay entre el destierro de Ruy Díaz de Vivar, “el Señor”, y el autodestierro de Alonso Quijano, “El Bueno”, pues ambos salieron por la puerta falsa de un corral para buscar las aventuras en antiguos y conocidos campos de batalla.

Puede ser que haya quien dude de que la *Jura de Agueda* no fue una provocación agresiva del Cid con intenciones masoquistas inconscientes.

En todos los tiempos se ha revivido este *Cantar*. Pedro Corneille (1606-1684) compuso *El Cid*, tragicomedia inspirada en *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro, y que no fue del agrado del Cardenal Richelieu. La lírica española reforzó la identificación psicológica a través del poema *Castilla* de Manuel Machado (1907-1947):

*El ciego sol, la sed y la fatiga...
Por terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.*

Eduardo Marquina (1879-1946) llevó el *Cantar* al teatro en 1908, y Bronston a la pantalla cinematográfica, como una de las grandes producciones de Hollywood.

El deseo inconsciente de ser abandonado por la *imago matris* y la subsiguiente defensa consciente, aunque resaltan en el carácter hispánico, son fenómenos psicológicos básicamente humanos.

El poeta español Juan de la Cueva (1543-1610), en su soneto *Al inquisidor, Claudio de la Cueva mi hermano, estando en México*, se duele de las amarguras de la ausencia de la patria:

*Los alegres placeres han huido
y el descanso que siempre nos seguía
Claudio, desde el postrero y cierto día
que partimos del dulce y patrio nido.*

*Hemos a tales términos venido
que nos congoja y pena el alegría,
pues en tierra ni en mar hallamos vía
por donde ir a buscar el bien perdido.*

*La memoria nos daña con su arte,
pues ella nos presenta ante los ojos
lo que el Mar con tendido brazo parte;*

*esfuerza nuestras lágrimas y enojos,
y no ve que no es gloria en esta parte
mostrar a los vencidos los despojos.*

Un ejemplo claro de la mala imagen materna proyectada hacia la patria, nos lo da el precursor anarquista de la Revolución Mexicana de 1910, Ricardo Flores Magón, en su discurso pronunciado en septiembre de 1915. Sabido es que Magón permaneció y murió en el exilio al ver traicionado dicho movimiento.

“Las patrias no dan pan al hambriento, no consuelan al triste, no enjugan el sudor de la frente del trabajador rendido de fatiga, no se interponen entre el débil y el fuerte para que éste no abuse del primero; pero cuando los intereses del rico están en peligro, entonces se llama al pobre para que exponga su vida por la patria, por la patria de los ricos, por una patria que no es nuestra, sino de nuestros verdugos.

“Abramos los ojos, hermanos de cadena y de explotación; abramos los ojos a la luz de la razón. La patria es de los que la poseen, y los pobres nada poseen. La patria es la madre cariñosa del rico y la madrastra del pobre. La patria es el polizone armado de un garrote, que nos arroja a puntapiés al fondo de un calabozo o nos pone el cordel en el pescuezo cuando no queremos obedecer las leyes escritas por los ricos en beneficios de los mismos ricos. *La patria no es nuestra madre: ¡es nuestro verdugo!*”

También Lope de Vega sufrió el mismo sentimiento hacia su país:

*¡Ay, dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de extranjeros!
Envidia en ti me mata,
que toda patria suele ser ingrata.*

Los poetas suelen odiar a su patria al exiliarse, mas en la dureza del destierro aquilatan lo que han perdido y la lloran.

Rafael Alberti en *Roma, peligro para caminantes* (1968), lamenta su destierro en *Lo que dejé por ti*:

*Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.*

*Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.*

*Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.*

*Dejé por ti todo lo que era mío:
dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.*

La revista andaluza LITORAL, número 43-44, reprodujo el libro de Alberti y el poema *Soneto a Rafael Alberti* (1974) de José Bergamín:

*Tú paseas por Roma el desencanto
de una vida armoniosa que querría
despertar por el gozo a la alegría
de otro sueño andaluz de cal y canto.*

*Y tanto lo quisiera, tanto, ¡ay!, tanto,
que tu Puerto en la luz de su bahía
parece que nos canta todavía
con tu voz, la que el mar ha vuelto llanto.*

*Estamos, Rafael, buscando en vano,
tú ahí, yo aquí los pasos peregrinos
de una patria perdida, tan perdida.
que sin ceder seguimos mano a mano
por cielos y por mares sin caminos
perdiendo con su sueño nuestra vida.*

Alfonso Vidal y Planas, quien vivió sus últimos años en Tijuana, México, publicó un poema titulado *Cirios en los rasca-cielos* (1963):

*¡Arde el sol como un hacha
funeral en el cielo!:*

*Sin España en mi vida,
yo mismo soy el muerto,
¡y en la capilla ardiente
de Yanquilandia enciendo
un cirio por mi ánima
en cada rascacielos!*

Otro poema de clara regresión oral nos lo regala el fino poeta Jorge Carrera Andrade, exiliado en Francia:

*El país del exilio no tiene árboles.
Es una inmensa soledad de arena.
Sólo extensión vacía donde crece
la zarza ardiente de los sacrificios.*

*El país del exilio no tiene agua.
Es una sed sin límites,
sin esperanza de cercanas fuentes
o de un sorbo en el cuenco de una piedra.*

*El país del exilio no tiene aves
que encanten con su música al viajero.
El desierto poblado por los buitres
que esperan el convite de la muerte.*

*Alza el viento sus torres deleznable.
Sus fantasmas de arena me persiguen
a través de la patria de la víbora
y de la zarza convertida en fuego.*

Contemplemos el fenómeno de la “*transterración*” de que hablaba José Gaos. Cuando Alfonso Vidal y Planas pasó por Ellis Island, en 1939, compuso *Enterradme en España cuando muera*:

*Enterradme en España cuando muera
(¡por caridad, hermanos, en mi España!),
si herido de su amor, en tierra extraña,
desangrado en suspiros, me muriera.*

Treinta años después, al pie del poema anterior, escribió el poeta estas palabras:

“En Tijuana, donde hasta los cementerios me sonríen, como disputándoseme amorosamente la gavilla de restos mortales que lleva a cuestras mi alma, declaro conmovido y con la lengua del corazón: —Mis pies, llagados y adoloridos de tanto hacer las duras marchas forzadas del Infortunio, sienten piadosa y

blanda esta bendita tierra mexicana que alfombra de vendas y flores las leguas finales de mi camino. Tijuana, que desde hace más de diez años me tiene abrazado maternalmente, me pondrá mañana su noble mano abierta, para que, desde su palma, se lance el ave inmortal de mi espíritu al vuelo glorioso... ¡Tierra leve y bien mullida la mexicana para el eterno reposo de mis huesos, tremendamente rendidos!"

Por último recordemos la sentencia con que Marañón dio fin al prólogo de su célebre obra:

"Uno de estos españoles eres tú, ahora —el ahora de hoy o el de dentro de cien años—; tú, poeta o labrador, hombre de ciencia o soldado, de Castilla, de Cataluña, de Andalucía, de Galicia, de las tierras vascas, de cualquier pueblo, de cualquiera sierra de la grande, sufrida e inmortal Península.

"Como Séneca, tú también piensas que es triste vivir expatriado; pero sabes encontrar, como él, el gesto ascético y el garbo para seguir adelante."

FREDO ARIAS DE LA CANAL